

vislumbrar cuando el autor declara que IRA, Ignacio Ramírez, el pintor, aparece fugazmente en *Atardecer en Las Vegas*, pero es ya protagonista en *La noche antigua*, pues es uno de los que allí escriben y se nos revela a través de su diario; y otro plano de continuidad inconsciente, que podemos inferir en el trasfondo de los protagonistas de ambas novelas: el hecho de que ambos son contadores públicos, por ejemplo, lo que sería un argumento simple (administrador el primero y contador el segundo, como si dijéramos que los dos álter egos, Antonio Agudelo y Martín Blandón, constituyeran la profundización de un fenómeno de pensamiento del autor); pero más allá de este hecho, está la continuidad de una actitud existencial que madura (si cabe esa expresión) de uno a otro, es decir, el hecho de que el nihilismo alcance en Martín Blandón la dimensión de los grandes pensadores del absurdo en la literatura: me refiero a Edipo, Raskolnikov, Joseph K. y, en especial, el señor Mersault.

Si le pidiéramos al propio Iván Darío una síntesis de *La noche antigua*, esta sería su respuesta:

Lejos de los fastos y las luces deslumbrantes, Medellín, al igual que el San Petersburgo de Dostoievski, se ve reflejada en esta novela, no por sus grandes obras ni sus edificaciones suntuosas, sino por la marginalidad, el desempleo, la angustia existencial de los personajes que la habitan. A través de las anotaciones que hace Martín Blandón, contador público y personaje central, en su "Agenda del mar"; los diarios de Ignacio Ramírez, IRA, un pintor bohemio, drogadicto y apesadumbrado; y los apuntes de Juan José Rojo, profesor pensionado, interno en un asilo de ancianos, el lector descubre una vida opacada por la rutina y por unos jefes tiranos; la sórdida y enigmática visión de un artista y la mirada escéptica de quien ha vivido y hace un balance al final de sus días. Estos apuntes lúcidos y estremecedores crean la atmósfera psicológica y definen la trama de la obra, que poco a poco se abre paso hacia un destino trágico. La novela nos sumerge lentamente en las profundidades de la existencia humana y nos lleva por los caminos de la vida, la vejez y la muerte, pero también de la esperanza y la belleza que ellas representan. Narrada en una prosa sencilla y poética, *La noche antigua* recoge la tradición de la novela dramática y evoca el legado del mundo griego.

Y a dicha nota habría que hacerle un reparo sustancial: aunque la pretensión del autor haya sido mostrar la ciudad, en el engranaje de la novela esta es solo el escenario, pues lo realmente importante en la ficción que allí se construye es el hilo que conduce desde los dos epígrafes hasta la escena final, que en la nota se denomina "destino trágico". El asunto no es

el escenario, que podría ser cualquiera, sino la manera como su propia idea del mundo y su manera de realizar la existencia lo conducen irremediamente al destino que el señor Mersault recibió como castigo y que él, en cambio, asumió como opción.

Dicen los epígrafes:

Mis ojos vagabundos / no han visto el mar
(León de Greiff)

Y

Voy a beberme el mar, / ya tengo listo mi velero fantasma (Jorge Robledo Ortiz)

El primero, el de León de Greiff, es la nostalgia de un recuerdo ancestral, es decir, el deseo de un reencuentro con aquello que está en el origen, en el fondo de todo significado existencial, y el segundo, el de Robledo Ortiz, es una decisión en el sentido del amor fatal de la tragedia griega; la novela es el paso metódico de uno a otro por la línea del sentido. ■

Luis Fernando Macías (Colombia)

Con un solo ojo A propósito de *Los buenos muchachos del expresidente y otros libros*

El expresidente y actual senador Álvaro Uribe Vélez es el personaje público más controvertido de los últimos decenios de la vida nacional. Quizá desde las muertes de Jorge Eliécer Gaitán y Laureano Gómez ningún político colombiano había tenido el magnetismo del antioqueño de la mano dura. Despierta admiración irrestricta y odio absoluto. Sus seguidores y adversarios son enjambre. Durante los ocho años de su presidencia nada hizo bajar de las nubes los índices a favor de la seguridad democrática, la bandera de su gobierno: ni el escándalo de las chuzadas del DAS ni el de Agro Ingreso Seguro ni el de la Yidispolítica. No hace falta devanarse los sesos para encontrar el motivo: los periodos de Uribe Vélez en la Casa de Nariño le dieron a un amplio sector de los colombianos la certeza que alguien estaba al frente de los destinos de la patria. Uno, por supuesto, puede discrepar de casi todas sus ideas, pero es una sandez negarle la virtud no menor de haberle devuelto a la gente la confianza en el gobierno. Se olvida con sospechosa frecuencia la monstruosa crisis institucional inducida por los desastrosos mandatos de Ernesto Samper y Andrés Pastrana: el proceso 8.000 y

las erráticas conversaciones de paz en San Vicente del Caguán dejaron al país de rodillas ante la delincuencia. Y siendo cierto lo anterior, no deja tampoco de parecerme desmedido Uribe: excesivos sus ataques a quien se atreva a llevarle la contraria, salidos de madre sus trinos iracundos. El círculo de sus colaboradores, cuando menos, provoca recelos. A lo mejor el talante frentero e hiperbólico del fenómeno político del siglo (el calificativo lo usó Hernando Gómez Buendía, en un artículo, para referirse a Uribe) sea la consecuencia de un ambiente social enrarecido por discursos que legitiman la violencia.

Por la talla del personaje, los libros periodísticos sobre él no han podido no caer en la desmesura de equiparlo ya sea con Bolívar —sus adeptos lo bautizaron el Gran Colombiano— o con Hitler —los contrincantes sueñan con verlo tras las rejas—. El dislate, en ambas vías, es la norma. Hacer un repaso a vuelo de pájaro de los títulos de algunos de ellos da una imagen de su parcialidad: *El señor de las sombras, biografía no autorizada de Álvaro Uribe* (Oveja Negra, 2002), del fantasmal Joseph Contreras. La palabra fantasmal no es gratuita: Fernando Garavito confesó estar detrás del volumen, si bien en efecto existe un reportero con ese nombre. El senador del Polo Democrático Iván Cepeda ha escrito dos: *Por las sendas de El Ubérrimo* (Ediciones B, 2014) y *A las puertas de El Ubérrimo* (Debate, 2009). El primero en coautoría con Alirio Uribe y el segundo con Jorge Rojas. Los tres afirman los nexos de Uribe Vélez con el paramilitarismo, aunque a la postre las pruebas brindadas hasta el momento no pasan de ser incidentales. *Los buenos muchachos del expresidente* (Ediciones B, 2015), de Joaquín Robles Zabala, se inscribe en la línea de la diatriba feroz. Narrador y docente universitario, Robles Zabala no duda un instante de la culpabilidad del expresidente. En una columna de la versión virtual de la revista *Semana* expresó: “si la justicia colombiana funcionara, Uribe debería estar preso, como lo está Mancuso”. Esa es, precisamente, la tesis central del conjunto de perfiles aquí comentado. El recuento de las trayectorias de los alfiles del uribismo le permite al autor llegar al eureka de siempre: dime con quién andas y te diré quién eres. Y sí, resulta alarmante el número de escuderos de Uribe Vélez metidos en líos judiciales. El apoyo del fundador del Centro Democrático a personas de la catadura de Salvador Arana —condenado por la Sala Penal de la Corte Suprema de Justicia— y del general (r) Rito Alejo del Río —convicto por homicidio— le concede en parte la razón a Robles Zabala. Sin embargo,

el diablo a menudo se esconde en los detalles. El talón de Aquiles de *Los buenos muchachos del expresidente* es protuberante: la tendencia del ensayista a enjuiciar a Uribe Vélez y a sus mosqueteros a partir de informes de prensa y de ONGs. Al mirar el contexto con un solo ojo, pasa por alto una verdad del tamaño del rascacielos Bacatá: la información en el mundo moderno no obedece a las lógicas del equilibrio y la sensatez sino a las de las ideologías. Robles Zabala escoge u omite hechos según la conveniencia de su credo antiuribista. Un ejemplo: sin venir a cuento, cierra el capítulo dedicado a Andrés Felipe Arias —a quien le troca el nombre en tres ocasiones— con una sentencia tremenda: “No hay que olvidar que Álvaro Uribe Vélez ha sido el único presidente en ejercicio de una nación cuyo nombre estuvo durante muchos años en la lista negra de la *Defense Intelligence Agency* como uno de los narcotraficantes más peligrosos del mundo” (78). La cita corta el aliento. ¿En serio? ¿No se trata acaso de un mastodonte de dimensiones mayores al de Samper? El lector busca entonces en la red, y a los pocos minutos se da cuenta de la mala leche. Olvidó decir el polemista que el Departamento de Estado de Estados Unidos rechazó el contenido del documento, aludiendo de paso que los datos incriminatorios nunca fueron comprobados. Un error semejante pone en entredicho el oficio y el rigor de la obra.

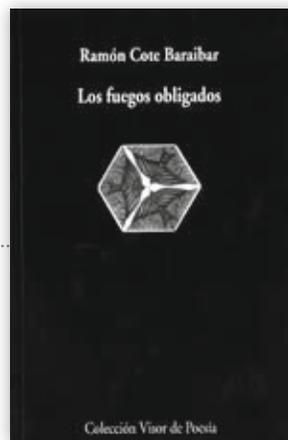
No es el único desliz de *Los buenos muchachos del expresidente*. El perfil de José Obdulio Gaviria destila ponzoña. Dudo de la conveniencia ética y periodística de empezar un texto sobre la mano derecha de Uribe Vélez señalando lo sabido por todos: sus lazos de parentesco con Pablo Escobar. Además, la implícita justificación de los desmanes del capo es inadmisibles. Dice: “Pablo Emilio Escobar Gaviria, el hombre que puso a finales de los ochenta y principios de los noventa la institucionalidad del Estado contra la pared [...] se definió, en su juventud, como un ciudadano de izquierda. No hay duda de que en ese sentido fue coherente con su posición, pues un hombre que venía de abajo [...] no tenía razones para defender esa minoría privilegiada” (121). Leyó bien: para Robles Zabala, los de abajo —curioso el afecto de ciertas fracciones de la izquierda de reducir la realidad a nociones de espacio: los de arriba contra los de abajo—, por ser víctimas de un sistema económico inicuo, tienen patente de corso para acabar hasta con el nido de la perra. El asunto de la coherencia ocupa un lugar central en la perorata. Le da risa el pasado contestatario de Gaviria y de Plinio Apuleyo Mendoza. Para él quien deja las toldas de la

izquierda es un traidor. Jamás se le pasó por la cabeza que alguien puede cambiar de doctrina política movido por el examen de la historia. Sus conceptos y lenguaje, al hablar de los conversos a la causa de la derecha, se parecen a los empleados por los estalinistas de vieja data al aludir a las desertiones de Arthur Koestler y George Orwell, Guillermo Cabrera Infante y Mario Vargas Llosa, entre otros. En dos pasajes de la semblanza de Gaviria, el lector no sabe a santo de qué, Robles Zabala invoca el legado de Manuel Marulanda: “Creía, como lo sostenía Manuel Marulanda, que el gran problema que afectaba el desarrollo del país eran las grandes concentraciones de tierra en pocas manos” (122); “Hizo proselitismo político y asesoraba ideológica y jurídicamente a los mismos hombres del campo por los que Manuel Marulanda había decidido a tomar las armas” (125). El procedimiento argumentativo es sencillo: al contrastar la maldad del traidor (José Obdulio Gaviria), sus fines ruines y su consanguinidad con Pablo Escobar, con la figura de Tirofijo, el líder y fundador de las FARC sale airoso, digno de una estatua. Ningún reproche le merecen las prácticas nocivas de la insurgencia: secuestro, siembra de minas antipersona, reclutamiento forzado de menores. Porque, y es una actitud extendida entre los miembros de la izquierda, el valeroso denunciante de las tropelías de la derecha asesina guarda silencio ante los desmanes de la guerrilla fanática.

Respaldo la opinión de Joaquín Robles Zabala, expuesta en otro artículo de *Semana*: “Cuando un periodista se casa con las tesis de un grupo político se convierte solo en un relacionista público, en una voz replicante de una bitácora al servicio de intereses particulares y mezquinos”. A *Los buenos muchachos del ex-presidente* le calza el diagnóstico: se amanceba con una mirada partidista, la de los enemigos de Álvaro Uribe Vélez, restándole interés al trabajo. Muy pronto percibe el lector la existencia de dos bandos: el de los buenos (antiuribistas) y el de los pillos (uribistas). Así es el país, parece decir Robles Zabala, y sanseacabó. Con lo anterior no desacredito de plano sus pesquisas: hay cosas que la justicia debe aclarar y, claro, llevar a la cárcel a aquel que haya violado la ley. No obstante, la misión del periodista no consiste en suplantar a los jueces en su tarea de definir la inocencia o no de un ciudadano, sino en buscar con prudencia y gallardía la verdad —no importa si suena grandilocuente e ingenuo—, porque, de lo contrario, seguirá en el papel del imbécil útil de los grupos en pugna. ■

Ángel Castaño Guzmán (Colombia)

Los fuegos obligados de Ramón Cote Baraibar y el fulgor oculto de los días



Los fuegos obligados
Ramón Cote Baraibar
Visor Libros
Bogotá, 2014
87 p.

En los poemas de Ramón Cote Baraibar existe una necesaria relación entre el entusiasmo irredimible del instante perdido, al que se dice adiós con temblor y con el corazón acojonado, y el poder de las palabras que le vuelven a dar vida a lo que se desvanece en el flujo del tiempo, como si aquello que una vez fue volviera a habitar el tiempo como una forma oculta de redención que hace posible continuar viviendo con dignidad.

Ramón Cote nació en 1963. Su primer libro fue publicado en 1984 por ediciones Arnao, de Madrid, donde se graduó en historia del arte en la Universidad Complutense. Al instalarse en Colombia, se dedicó a la publicidad. Ha publicado ensayos sobre poesía colombiana en revistas como *Ínsula*, y en 1992, con el título de *Diez de ultramar*, publicó una muestra de poesía latinoamericana joven que abarcaba nombres como José Luis Rivas, Coral Bracho, Raúl Zurita, Fabio Morabito, Yolanda Pantin y Eduardo Chirinos.

Poemas para una fosa común, su primer libro, publicado en España por Arnao editores en 1984 y reeditado en Colombia en 1985 por la Fundación Guberek, es una impaciente mezcla de influencias, en palabras